

GRANADA LA LLAVE DE CENTROAMERICA Y LOS PIRATAS

JORGE EDUARDO ARELLANO
Ensayista nicaragüense

ERRORES Y CONFUSIONES

Las invasiones piráticas que sufrió la ciudad de Granada durante la segunda mitad del siglo XVII constituyen uno de los períodos más descuidados de nuestra historia, pues están llenos de graves errores y de lamentables confusiones. Los historiadores oficiales —Ayón y Gámez— sólo refieren tres saqueos (1). Pío Bolaños afirma que fueron cinco en total y Miguel Ángel Alvarez dice que no pasaron de cuatro. En realidad se tiene noticia, por lo menos, de cinco: el de David en 1665, el de Morgan en ese mismo año, el de Mansfield en 1666, el de Gallardillo en 1670 y el de Dampier realizado por Escalante en 1685 o 1686. Bolaños acierta en el número de ellos, pero desconoce el de Mansfield y sueña que Drake fue el primero que saqueó e incendió Granada en 1610 llevándose un gran cargamento de mercaderías. Mas esa es una invención injustificable, puesto que Sir Francis Drake moría a bordo del "Defiance" a la altura de Porto Bello 14 años antes, mejor dicho, el 28 de enero de 1596. "El día siguiente —apunta Tomás Maynar sobre este acontecimiento— Sir John Baskerville cayó luto y lo sepultó en el mar".

Uno de nuestros más notables historiadores, en su estudio "Un Loyola Gobernador de Nicaragua", confunde a Morgan con David, porque expresa que el primero, cuando recontaba a su regreso el monto de su pillaje, manifestó públicamente que el oro recogido, cualquiera fuere la riqueza que se repartieron, por poca cosa la tenía en comparación de lo que había significado el haber podido explorar, medir y conocer el valor geográfico que en el continente tenía el Gran Lago y en él la ciudad de Granada como llave estratégica del istmo centroamericano; palabras que se conocen como salidas de los labios de David y no de Morgan. En la "Historia de Nicaragua" del Doctor Ricardo Páiz Castillo —texto usado en el bachillerato— se lee que David y El Olanis (llamado en dicho libro **Le Lolónés**, por ser nativo del territorio de Francia llamado **Les Sables d'Ollone**) eran la misma persona, refiriendo los detalles de la invasión a David, a quien se le adjudica el apellido del de Maracaibo, o sea que el personaje resultante, inventado por la confusión y el descuido, recibe el nombre de Jean David Nau.

Respecto a las fechas Bolaños señala el saqueo de David realizado en 1655, Páiz Castillo en 1658 y Fernández Guardia en 1675. Alvarez, por su parte, anota que el de Gallardillo se realizó en Octubre de 1671. El que se hizo por Escalante data, según Gámez, de 1685; según Ayón de 1683, según Du Lamerrier de 1681, según Squier de 1686 y según Bancroft de 1688. El resto de las erratas las veremos más adelante.

C A U S A S

Las causas de estos saqueos fueron, en primer lugar, la lucha de España contra Inglaterra y Francia

quienes envidiaban las colonias de aquélla en América y, en segundo lugar, la ventajosa situación geográfica de Granada que, para Drake, era la joya "más preciada para la Corona de Inglaterra". Oliverio Cromwell, el inteligente paladín de la república inglesa que puso sus ojos en las riquezas de las colonias españolas de América y resolvió anexar en forma permanente a Inglaterra una parte de ellas, aconsejaba, refiriéndose a la empresa de Henry Morgan, que debía insistir en apoderarse de Granada, porque era una ciudad próspera que estaba colocada en el fiel de una balanza formada por los dos ricos reinos de México y el Perú, que constituían las dos fuentes mayores de las riquezas americanas de España. Las mismas riquezas de los granadinos, que por entonces estaban en su mayor apogeo, despertaban vivo interés en toda la cofradía de los filibusteros. Otra causa, aunque de menor categoría, fue la publicación del libro de Tomás Gage en el que relata sus viajes por las indias occidentales y su visita a la ciudad en 1637, testimoniando esa prosperidad ya señalada. El "New Survey of the West Indies" contribuyó, pues, a darle esa fama auténtica a Granada para que los bucaneros fijaran su codicia en ella. Uno de los que considerian muy probable esta causa es Salvador de Maradiaga, quien atribuye a Gage el consejo a los ingleses de apoderarse de los productos valiosos que exportaban los españoles de Nicaragua; consejo que, al parecer, fue escuchado y puesto en práctica, como lo confirma Squier cuando habla del viaje de Gage por la Provincia: "En cuanto a las fragatas de que habla Gage diremos que: salían por lo general para Cartagena, pero algunas veces directamente a España. A veces los interceptaban y abordaban los piratas ingleses y holandeses que merodeaban por la desembocadura de El Desaguadero, o sea del Río San Juan, y era el temor a eso, anota el acucioso viajero, lo que **hacía temblar y sudar de frío a los comerciantes**".

ANTECEDENTES, SIGNIFICACION Y RELATO DEL SAQUEO DE DAVID

Desde 1640, cuando los piratas franceses y daneses realizaban las primeras incursiones en el Lago de Nicaragua, ya Granada despertaba los intereses de varias naciones y, consecuentemente, de los filibusteros. Don Pedro Ocón y Trillo, Alcalde y Maestro de Campo de la ciudad, no pensó perder su tiempo, apenas se apoderaron los piratas de las bocas del Taure y del San Juan, al reunir con frecuencia a los vecinos al toque de tambor y las campanas para adiestrarlos en una posible defensa y evitar cualquier sorpresa. Pero los filibusteros, quizá por los terremotos de 1663 —más fuertes que los de 1648 y 1659— que levantaron una nueva cantidad de raudales en el río San Juan, se limitaron a asaltar los barcos que salían para España. La proximidad del peligro, sembrada por el celoso y avisado don Pedro, llegó a convertirse en una cansada

costumbre que disgustó a los vecinos quienes, para reparar las alarmantes disposiciones de su Alcalde, decidieron quejarse al Gobernador de la Provincia. Este ordenó a Ocón y Trillo no volver a convocar ni alarmar a los habitantes sin orden suya, prohibición confirmada más tarde por el Capitán General Carlos de Menco quien, por su lado, había recibido órdenes reales de poner especial interés en la defensa de las plazas y de los puertos.

Las consecuencias de este desacierto emitido por el Gobernador y ratificado por el Capitán General fueron desastrosas. El Capitán Miguel Martín en junio de 1665 —un mes antes de la asamblea de la Junta de Hacienda en que reunió, como fondo, la suma de 48 pesos para seguridad de la Provincia— al pasar en un buque mercante por las bocas del río Pocosol divisó hacia el Norte dos canoas con 22 corsarios, lo que le obligó a refugiarse en el raudal del Machuca y a enviar rápido aviso a Granada. A los pocos días llegaron las informaciones de don Miguel a manos del Alcalde Ocón y Trillo que se limitó a enviárselas a don Diego de Castro, el Gobernador, residente en León. Mientras el correo tardaba en llegar a León el Alcalde, tal vez por despecho de su autoridad eliminada en las disposiciones que había impuesto a los vecinos, se quedó con los brazos cruzados; circunstancia que facilitó la invasión del corsario jamaicano Juan David.

Una de las mayores hazañas de este pirata, junto con sus correrías en las costas de Cuba y la destrucción de Saint Augustine, fue el saqueo de Granada que reveló a Inglaterra el valor geográfico del Lago e inició una serie de intentos e intentonas para capturarlo y controlarlo. Se equivocan los que dicen que David era holandés y que se llamaba Eduardo. Exquemelin, en su obra **"De Americaensche Zeerovers"** pone en claro estas erratas: "Los intentos y acciones de Juan David, nacido en Jamaica, no deben ser olvidadas en esta historia, porque fue una de las más importantes en ese entonces: especialmente por su rara prudencia, valor, audacia y decisión en el mencionado ataque de Granada". Levy, que en cuestión de datos históricos yerra frecuentemente, dice que David el 29 de junio con 140 hombres se apoderó del presidio de San Carlos y desembarcó en Granada, la que arruinó y quemó completamente. Ayón, que tuvo a la vista los informes originales que sobre la invasión dirigieron al Capitán General el Gobernador Don Juan de Salinas y don José Antonio Lacayo, en su época en que fue Alcalde, como también las certificaciones presentadas por don Pedro Ocón y Trillo para su defensa, desmiente al geógrafo francés asegurando que se efectuó el 30 de junio con 90 hombres y que estos documentos autógrafos nada dicen sobre incendio. Bolaños, entre otros historiadores, repiten las equivocaciones de Levy. Por eso es preciso relatar este saqueo lo más verazmente posible.

Acompañada de un indio nicaragüense que conducía la expedición, la tropa filibustera subió el río San Juan sin apoderarse de ningún "presidio de San Carlos" como detalla erradamente Levy, pues el indio los condujo directamente a la entrada del Lago, donde dejaron su navío escondido bajo coposos árboles al cuidado de 10 hombres y con los otros 80, remando en 3 canoas, se dirigieron a Granada en la que desembarcaron a las 2 de la mañana del 30 de junio. A un centinela que guardaba el paraje de la costa por donde habían entrado,

al dirigirles el ¿quién vive?, contestáronle antes de darle muerte que eran amigos que regresaban de la pesca. El indio, enseguida, los condujo al centro de la ciudad por un oculto y estrecho sendero, mientras otro indígena, a quien habían ganado, se encargó de esconder las canoas en un sitio seguro. Al llegar a la parte más poblada de la ciudad dispersáronse en pequeños grupos que comenzaron su pillaje en las casas y en los templos llevándose todo lo que encontraron valioso. Una de las tácticas que usaron fue la siguiente: el indio llamaba humildemente las puertas de las casas pidiendo limosna; los moradores, ajenos al peligro que les amenazaba, abrían y entonces los bucaneros se lanzaban sobre ellos y les apretaban la garganta hasta que les entregaban sus riquezas. Dos horas duró este pillaje porque unos criados que se escaparon de las casas saqueadas repicaron las campanas dando el grito de alarma. David, al verse sorprendido con sus pocos hombres, abandonó la ciudad y se refugió en la isla de Ometepe donde fue perseguido, pero los perseguidores solo lograron, a causa de unos prisioneros capturados por el corsario, pagar un rescate de 500 vacas que los filibusteros les exigieron llevar a las embarcaciones. No hubo, pues, incendio. Ni Exquemelin, ni Alcedo, ni Jiménez, a excepción de Levy y sus repetidores, hablan de llamas.

Es oportuno copiar algunos párrafos del informe, fechado el 13 de septiembre de 1665, que el Gobernador de la Provincia Juan de Salinas y Cerda —que había sustituido a Castro— envió al Gobierno General sobre este saqueo: "Les ha llevado [David a los granadinos] sus caudales, ropa y plata acuñada, vajillas y todas las embarcaciones". "El pirata David —agrega el Gobernador— dijo a uno de mis oficiales que estimaba en lo que vale una botija de vino el tesoro que llevaba, en comparación de haber conocido esta plaza y sus isletas y la isla de Ometepe, y que había de hacer todo esfuerzo para fomentar que Jamaica y Portugal le diesen gente para ocupar estos puertos, de donde se prometía, con mucha facilidad, establecer una comunicación con el mar del Sur". Las propias palabras de David terminaban de otra manera: "y he de hacer todo esfuerzo para fomentar estos puertos desde donde ha de dominar, con mucha facilidad, toda la mar del Sur". Du Lamecier es el único que da noticias concretas sobre los caudales granadinos robados en esa ocasión: "Los piratas robaron 4 000 piezas de a 8, gran cantidad de oro, plata y alhajas cuyo valor fue de 50 000 piezas de a 8 con lo cual regresaron a Jamaica". Ayón comenta que numerosos habían sido los caudales de que se habían apoderado los enemigos en sus frecuentes correrías desde 1642; y que David habían agasajado y conquistado a los indios ofreciéndoles no obligarlos al trabajo ni a pagar tributo y había anunciado que pronto se hallaría en la plaza de El Realejo y había de tocar las campanas de León, como había hecho con las de Granada; dando a entender, además, que ese saqueo era el "último" que había ocurrido en la ciudad, sugiriendo que antes había habido otros.

EL ASALTO DE MORGAN

La historicidad del ataque de Morgan a Granada está comprobada por Exquemelin —el primero en describir sus hazañas—, Haring, García Peláez y, contemporáneamente, por Eros Nicola Siti. El Obispo Francisco

de Paula García Pelaez dice que Thomas Linch, Gobernador de Jamaica, comisionó a Morgan en la expedición que hizo a Granada. Eso, empero, es falso porque aún en 1668 gobernaba Jamaica Tomás Modyford, antecesor de Linch, esto es, tres años después del saqueo de Morgan a Granada en 1665, o sea una de sus primeras hazañas con la cual hizo su aparición en la historia de la piratería. Eras Nicola Siri, basado en Exquemelin y en Haring, relata que alegando patente de corso dada por Lord Windord, el capitán Henry Morgan, acompañado por Morris y Jackman, inició una expedición a Centro América merodeando en 1665 por Campeche. Los piratas se internaron por el río Tabasco con 120 hombres y con guías indios llegando a 300 millas adentro de la costa hasta Villa de Mosa, que capturaron y saquearon vandálicamente. Cuando regresaron a la boca del río citado, donde habían dejado sus barcos, se dieron cuenta que habían sido capturados (los barcos) por los españoles, quienes aguardaban a los salteadores para liquidarlos. Entonces Morgan decidió pelear contra los españoles que en número de 300 los esperaban a orillas del río, vencéndolos bravamente y haciéndolos que se replegaran en total desorden, abandonando los buques capturados y dejando gran cantidad de prisioneros que fueron degollados inmediatamente. Morgan, después de aparejar dos barcas y cuatro canoas con treinta tripulantes, remonta el río Garta, a cuya vera se hallaba la ciudad del mismo nombre que expugnó y saqueó sangrientamente. De regreso a bordo de los barcos la expedición cruzó el Golfo de Honduras y, tras hacer aguada en la isla de Roatán, se dirigió al puerto de Tujillo, el que capturaron y saquearon como era costumbre. Desde ese lugar, siguiendo la costa de los Mosquitos, Morgan llegó a Monkey Bay donde, después de anclar, se desprendió con una columna de bucaneros tripulando chatas que se internaron por el cauce del río San Juan hasta más de cien millas adentro, yendo a desembarcar en el Lago de Nicaragua. Ocultándose durante el día y remando silenciosamente por la noche, Morgan con su cuadrilla desembarcaron, cinco días después de llegar al Lago, en los arrabales de Granada. El capitán corsario y sus hombres marcharon sin ser notados hasta el mismo centro de la ciudad y se apoderaron de la plaza matriz o principal derribando 18 cañones que allí había. Luego se apoderaron de los almacenes reales y de la iglesia parroquial —y no cathedral como relata Nicola Siri— donde se hicieron fuertes y encerraron a más de 300 vecinos, "Granada es espléndida —escribirá Morgan después—, tan grande como Portsmouth. Tiene siete iglesias y una catedral y muchos colegios y monasterios". Cuadra Pasos dice que entre esos prisioneros se encontraban varios sacerdotes y frailes y que los granadinos decían, en el lenguaje exagerado que desde entonces usaban, que no tenían para su defensa más bronce que el de sus campanas. La escaramuza filibustera duró tres días, durante los cuales más de mil indios se plegaron a los bandos de los atacantes y ayudaron al saqueo de siete iglesias que arrasaron y de los monasterios y posiblemente hubieran dado muerte a los cautivos españoles a no ser por Morgan quien les dijo que no pensaba conservar la ciudad en su poder y que, por lo tanto, tal vez sufrieran ellos más tarde la venganza de los españoles. Se retiró Morgan de Granada con un cargamento valorado en más de medio millón de libras esterlinas destruyendo todas las embarcaciones españolas para evitar ser perseguido

en su retorno al mar. Cuando regresó a Jamaica, la noticia de su aventura causó viva impresión e hizo que Modyford, entusiasmado, escribiera a su Rey que Centroamérica le parecía el lugar más apropiado para intentar una expedición y un ataque inglés en forma contra las Indias Españolas.

En una revista relacionada con estos asuntos se lee que en 1667 una excursión pirática al mando de Henry Morgan, Gobernador de Jamaica, penetra el Lago de Nicaragua y es rechazada con éxito; y que el mismo corsario, en 1670, ataca de nuevo y llega hasta saquear Granada. Pongo en duda la existencia del primer hecho porque ignoro las aventuras de Morgan realizadas en ese año, si es que acaso realizó alguna; el segundo, por el contrario, es una nueva engañifa porque en 1670 el más temible de los corsarios ocupaba su tiempo en prepararse para devastar Panamá, entonces llamada "la reina del Océano Pacífico". En 1667, volviendo a esa supuesta excursión anotada en dicha revista, Morgan ni siquiera aspiraba a la Gobernación de Jamaica, cargo que tomó trece años más tarde, o más exactamente, a fines de mayo de 1680.

EL ATAQUE DE MANSFIELD

Un veterano bucanero inglés, estampado con el viejo cuño isabelino, puso más o menos en práctica el consejo de Modyford. Eduardo Mansfield, en efecto, después de partir en enero de 1666 desde los cayos meridionales de Cuba a Curazao —al mando de 20 bajeles y mil quinientos piratas obedeciendo un plan de Modyford— decidió hacerse de bastimentos y amparados por patentes de corsos portugueses extendidas contra los españoles, los filibusteros desembarcaron en la costa de Cuba e internáronse cuarenta millas hasta la ciudad de Sancti Spiritu, la que tomaron, saquearon e incendiaron después de derrotar a un cuerpo de 200 jinetes españoles. Enterado Modyford de las andanzas de la expedición despachada contra Curazao envía al Coronel Beeston para que los reanime en su empresa originaria. Beeston encontró a la flota desbandada y sus capitanes practicando la piratería por su propia cuenta. Entonces Mansfield, con sólo cuatro bajeles y dos navíos franceses, zarpó para tratar de recuperar la isla de Providencia, convertida en presidio por los españoles desde 1641, la que tomó fácilmente. Luego se dedicó a recorrer la costa americana hasta que, subiendo por el río San Juan, atacó, tomó y saqueó Granada. Nada más nos dicen Exquemelin y Haring, fuera de que desde Granada tomó el camino del Sur, penetrando en Costa Rica donde saquearon e incendiaron haciendas, pueblos y villorrios, profanando los templos y robando sus imágenes, ornamentos y campanas, pasando por Turrialba y Veragua para regresar a Jamaica el 12 de junio de 1666.

CONSECUENCIAS INMEDIATAS

Las consecuencias de estas tres expediciones —y sobre todo de la de David— fueron los procesos contra el ex-Gobernador don Diego de Castro, el Alcalde y Maestro de Campo don Pedro Ocón y Trillo, y los alcaldes ordinarios Juan de Matamoros y Francisco Mena —culpables del primer saqueo— (2); la resolución de los granadinos en abandonar la ciudad, temiendo nuevos saqueos, o en trasladarla a otro sitio más seguro;

la comunicación de esa resolución a la Audiencia y su posible cumplimiento si no se procedía a defender la provincia fortificando el río San Juan; y, en consecuencia, la construcción del Castillo de San Carlos de Austria en el sitio en que confluyen los ríos San Carlos (antiguo Pocosol) y San Juan; castillo que se concluye el 1.º de agosto de 1666, gracias al celo emprendedor del Gobernador Juan de Salinas y Cerda. Otro de los resultados fue el que, por intrigas y calumnias en la corte, el Capitán General Mencos fue depuesto y nombrado en su lugar don Sebastián Álvarez Alfonso Rocica, Señor de la casa de Caldas y Caballero de la Orden de Santiago. Al Gobernador de Nicaragua Salinas y Cerda, mientras tanto, se le sustituye interinamente por un cuñado de Álvarez Alfonso llamado Francisco Valdez, Corregidor del Partido de Subtiaba. "Valdez cobró afecto a aquel puesto —escribe Gámez—, y para conseguirlo, informó mal a Salinas; pero sus chismes, despreciados al principio por el Gobernador Mencos, fueron acogidos después por su sucesor don Sebastián Álvarez Alonso (o Alfonso), cuñado de Valdez, que presentó a la Audiencia un informe contra Salinas, haciéndole cargo de haber levantado la fortaleza en distinto sitio del que convenía e invertido grandes sumas de dinero. Don Juan Salinas, preso y despojado por Álvarez Alfonso, que hacía de juez y parte en tan injusta acusación, tuvo por sucesor, en 1669, a don Antonio Temiño Dávila, caballero de la orden de Calatrava". Consecuencia de las mismas incursiones fue, asimismo, la emigración bastante posterior de vecinos medrosos, según refiere el Obispo Andrés de las Navas y Quevedo en la carta al Rey refiriéndole su visita que hizo a la ciudad en 1669. Dicha carta, fechada el 12 de abril de ese año, revela una despoblamiento casi total de sus moradores que se retiraron a sus haciendas dejando en la comunidad, escasamente, treinta vecinos: doce españoles y los demás negros y mulatos. El Obispo, con objeto de remediar esa temerosa huida, sugiere al Rey que por reales cédulas ordene a todos los vecinos regresar a Granada, especificando que el que no volviera perdería, ipso facto, sus haciendas que pasarían a manos del Real Patrimonio.

LA INVASION DE GALLARDILLO Y SU RESPUESTA

El Castillo de San Carlos de Austria estaba dispuesto a garantizar la seguridad de los granadinos que volvieron a dedicarse a sus labores comerciales. Tal garantía, sin embargo, se vino al suelo cuando el indio nicaragüense Juan Gallardo ("Gallardillo") al mando de una tropa de piratas jamaicanos se posesionó de él, lo incendia y destruye la población que en sus inmediaciones se había formado; y luego sorprende Granada, la saquea y se lleva, en vista de que su pillaje fue exiguo —a causa de su decadencia provocada por las incursiones anteriores— una regular cantidad de prisioneros de ambos sexos. Los 170 autores de este atraco, refiere un historiador, se distribuyeron apenas de 20 a 30 libras esterlinas cada uno. Entre estos beneficiados estaban, de acuerdo con Eros Nicola Siri, los capitanes corsarios Price, Harrison y Lundbury, compañeros de Gallardillo y testigos de la decadencia de Granada (3). Esto sucedió en 1670, como lo señalan todos los historiadores, a excepción de Miguel Ángel Álvarez que, infundadamente, sostiene que data de octubre de 1671; pero la carta de Juan Pérez Guadamuz, vecino de Granada, dirigida al Maestro de Campo don

Juan López de la Flor, Gobernador de Costa Rica, nos saca de toda duda al testimoniar que ocurrió el 26 de agosto del 70:

"El martes a las cinco de la mañana entró el enemigo corsario en esta ciudad a veinte y seis del corriente, aviendo tenido encuentro en el río San Juan con el Castillo de San Carlos, que sorprendió con alguna pérdida de su gente; la que trajo a esta ciudad fueron ciento sesenta y ocho hombres, hizo prisioneros doscientos diez chicos y grandes con mujeres de los nuestros, y entre ellos al Señor Provisor, al Ministro don Diego de Obando, el licenciado don Pedro de Porras, el licenciado Antonio Rodríguez, dos religiosos de San Francisco, al comendador de Nuestra Señora de la Merced y dos religiosos de San Juan de Dios, y al Alcalde ordinario don Juan de Aberrusa y algunos capitulares; y por pedir rescate de setenta mil pesos por los prisioneros, sin otras cosas grandes que pedían, degolló al Ministro don Diego de Obando, que tenga Dios en su gloria y veinte y ocho del corriente se ha ydo y llevado todos los prisioneros con amenaza de mal quartel: Dios lo remedie. Esta ciudad da aviso a Vuestra Merced para que esta provincia se prevenga, por riesgo que puede suceder por el río Pocosol, mayormente temiendo prebención de gente y tres embarcaciones en Punta Gorda. La priesa no da lugar a más dilación. Guarde Dios a Vuestra Merced muchos años felizmente. Granada a veinte y ocho de agosto de mil seiscientos y setenta años. Besa la mano de Vuestra Merced su más ferviente servidor Juan Pérez Guadamuz." (4)

También García Pelaez, citando a Juarros, escribe en 1851: "Por el mes de agosto de este año de 70 entró el enemigo otra vez en Granada y la saqueó"

La toma del Castillo de San Carlos —equipado eficazmente para su consabida defensa— en la que sus soldados permanecieron en completa inacción dejando que los filibusteros entaran a la fortaleza sin la resistencia de un solo tiro de arcabuz, fue la causa decisiva de esta desafortunada invasión. Lo que había sucedido era que el castellano Gonzalo Noguera Rebollo había ordenado a su tropa no hacer fuego contra los invasores. La conducta de Noguera, comenta Ayón, hace sospechar que en el interior de la provincia había traidores encargados de corromper a los defensores del Castillo, o que aquel desgraciado militar había sido halagado con tener parte en el botín (5). "Esos juicios y aun peores —escribe— pueden formarse en vista de la entrega del Castillo, y tomando en consideración el interés que debían tener los ingleses posesionados de la costa, en conocer las dificultades que aquel baluarte presentara a sus incursiones futuras"

El Obispo don Alonso Bravo y Laguna, al ver que la desesperación de los granadinos cundía nuevamente, informa al Rey el 15 de marzo de 1671 y al Virrey de Nueva España el 25 del mismo mes, los detalles de los últimos acontecimientos; informe que, unido a otro del antes Oidor Zárate, por ese tiempo alcalde del crimen de México, sirvieron de fundamento a las disposiciones dictadas por la corte el 29 de octubre del año en curso. En esa Real Cédula se reconocía que era muy necesario fortificar la boca del río San Juan para que pudiera defender la entrada de la ciudad de Granada y de la Provincia de Nicaragua. Esta, no hace falta indicarlo, seguía siendo apetecida por los franceses e ingleses a causa, según el Obispo Bravo y Laguna, de su fertilidad, del buen temple de la tierra, de tener los géneros ne-

cesarios para fabricar y aprestar embarcaciones, etc; y porque poblándola y apoderándose de toda ella se hallarían por la Mar del Norte con la entrada del río San Juan, y por la del Sur con el puerto del Realejo, con que por ambos mares podían sembrar hostilidades, siendo esto del mayor perjuicio que se pudiera considerar. Esta observación del Obispo fue admitida por la Audiencia y la Junta de Hacienda de Guatemala. Se nombra Capitán General interino a don Fernando Francisco de Escobedo que en 1672 llega a Guatemala, donde toma posesión; inmediatamente, sin perder tiempo, se sitúa en Granada y hace los aprestos convenientes a los trabajos que debía emprender, casi a la vista del enemigo, que no dejaba de pasearse por la costa en acecho de sus acostumbradas presas. El 20 de marzo del año siguiente firma las ordenanzas para el gobierno del Castillo de la Inmaculada Concepción —respuesta a la invasión de Gallardillo— y se regresa a Guatemala en abril del mismo año. Don Pablo Loyola —que había sucedido en la Gobernación a Temiño y Dávila— quedó hecho cargo de la construcción hasta 1675, año en que se concluye. La fortaleza se levantó sobre una montaña de roca viva y, aunque no muy grande, era suficiente para impedir el paso a cualquier flota enemiga. Se guarneció con 36 cañones de varios calibres y tenía además un caballero muy bien construído. A la lengua del agua tenía una plataforma con otros seis cañones y la parte de tierra estaba defendida por el foso y estacada en todo el rededor. La conclusión de este Castillo, que se puso al mando de don Gaspar Inestroza y Vasconcelos, fue festejada alegremente en toda la provincia, sobre todo en Granada, en la cual hubo un sermón que fue impreso en Guatemala. Su título era: "Por haberse acabado este presente año de 1675 en el río S. Juan la fábrica del Castillo con título de N. S. de Concepción, a diligencia y cuidados del Gobernador de Armas y de lo político teniente de capitán general don Pablo Loyola". García Pelaez, refiriéndose a esta pieza y al asalto en general, escribe basado en Juarros y Jiménez: "en el cuerpo del sermón suena que fue asentado en frente del raudal Sta. Cruz, que ayuda a su defensa, y lleva en su plataforma un caballero y cuatro baluartes. Las ordenanzas, añade Juarros, fueron confirmadas por cédula de 5 de junio de 1685, sin duda relativas a la guarnición, su reemplazo y su timiento. Ximenez lib 5, cap 12, después de repetir la invasión del enemigo y saqueo de Granada, entrando por el río San Juan, añade: ahora con el Castillo que en el río fundó el señor Escobedo, siendo presidente, se ha remediado aquel daño".

Se sospecha, pasando a otro detalle de menor importancia, que Gallardillo era de origen holandés y uno de los muchos llevados al Brasil por la Compañía de las Indias Occidentales de Amsterdam y expulsados de esa rica y vasta región por los portugueses en 1654, cuando se posesionaron nuevamente de dicho territorio. Al menos eso cree Du Lamerrier basado en el hecho de que dos años después de los acontecimientos del Brasil apareció en el mar de las Antillas el pirata Roche (Roque) Brasiliano, nativo de Groningen (Holanda), cuyo verdadero nombre se ignora, haciéndose llamarse así debido a la larga permanencia en el territorio brasilero. Con el tiempo los compañeros del pirata Roche Brasiliano, según la aseveración de Du Lamerrier, se dividie-

ron y es casi seguro que de éstos surgió Gallardillo. Eduardo Pérez-Valle, no obstante, asegura que Gallardillo era, como dejamos dicho, un indio nicaragüense con inclinaciones piráticas que llevó a cabo. El hecho de que no aparece en ninguno de los anales de la piratería que amagó los mares, puertos y ciudades del Nuevo Mundo, corrobora su origen.

LA EXPEDICION POR ESCALANTE

Seguramente los piratas, informados de la eficacia del Castillo de la Inmaculada, decidieron no volver a realizar sus fechorías a través del río San Juan. De allí sus excusiones al Realejo en 1683 —la que el Maestro de Campo don Lorenzo González Calderón hizo fracasar con mil hombres armados de Chichigalpa, Posoltega y Quezalaguaque situados en la isla de El Caidón—; en 1685 a León —la que tomaron y saquearon fácilmente pues horas antes los habitantes y las escasas tropas se habían desbandado por completo a pesar de la valerosa acción de doña Paula, suegra del Gobernador, que había recorrido las calles de la ciudad con un tambor llamando a la defensa— y en 1689 a la ciudad de Nueva Segovia, la que arrasaron después de haberla saqueado. Esta podría ser una de las razones por las cuales decidieron hacer una incursión por Escalante, puerto en el mar del Sur situado a 20 leguas de la ciudad. El obispo Morel de Santa Cruz, Jerónimo Vega y Lacayo, García Pelaez, Levy, Gámez, Fernando Arellano Mejía, Eduardo Pérez Valle y otros, basados en auténticos documentos y fuentes dignas de todo crédito, señalan que el año en que se realizó esta invasión fue el de 1685. Du Lamerrier, en cambio, refiere que data de 1681. Debíó realizarse, empero, en el 85 porque así lo afirman los informes de Morel de Santa Cruz y Vega y Lacayo, los más cercanos, temporalmente hablando, a la incursión; o en 1686, como lo indica De Lussan, uno de los bucaneros que tomó parte en el asalto. Du Lamerrier fundamenta su afirmación en el hecho de que el pirata Baitolomé Sharp cuando pasaba por Costa Rica hizo una excusión en 2 canoas y con 22 hombres desde el domingo 8 de mayo hasta el martes 28 de junio de 1681, tiempo que ocupó, según el autor citado, para desembarcar en Escalante y asaltar Granada. Esta suposición, como puede comprobarse con el número de salteadores y con las fechas que dura esa expedición, es bastante débil y fantástica, es decir, nada convincente y producto de la imaginación. En el 85 o más probablemente, en el 86, tuvo lugar este saqueo.

Menos de 400 piratas —345 según De Lussan, 347 según Morel de Santa Cruz— desembarcaron en Escalante al mando de William Dampier el 7 de abril de 1685 o del 86, "Viajaron por tierra —escribe Squier— sólo de noche con el propósito de sorprender la ciudad. De Lussan, uno de ellos, escribió una crónica de la aventura. Dice que el nueve de ese mes, es decir dos días después de haber entrado por la costa hicieron alto a cuatro leguas de Granada en una gran hacienda de caña de azúcar a donde llegaron muertos de hambre y de cansancio. Pertenecía a un Caballero de Santiago que se libró de caer prisionero debido a que, según la convincente razón que da el cronista, nuestras pieinas estaban entonces más dispuestas a descansar que a correr tras él, desembarcaron en Escalante al mando de William Dampier. Los granadinos, informados de esta

novedad, hicieron sus preparativos para la defensa: formaron en la plaza una trinchera cuadrada con catorce cañones y seis pedreros. Otras tantas compañías de caballería fueron emboscadas para atacar la retaguardia y los muebles preciosos se escondieron en sitios seguros. Uno de los españoles, por desgracia, cayó en manos de los enemigos que, enterados de todo lo referido, aceleraron su marcha.

“Al aproximarse a la ciudad —continúa Squier— se dieron cuenta de que se sabía que llegaban, y vieron lo que De Lussan dejó escrito: Dos barcos en el Lago de Nicaragua, cargados con los haberes de los habitantes que huían. Siguieron aproximándose con más cautela y al hacer prisionero a un hombre averiguaron que aún quedaba en la ciudad una parte de sus moradores, atrincherados en la Plaza Mayor, fortificada con catorce cañones y seis pedreros. Esta información, continúa el fidedigno De Lussan, habría sin duda aterrorizado a cualquier otros, pero no a los bucaneros; y no demoró ello un minuto nuestro plan, ni tampoco fue un obstáculo. A eso de las dos de la tarde del mismo día llegamos a la ciudad, en una de cuyas bocacalles chocamos con un fuerte retén emboscado, que, tras una hora de lucha, cayó ante la furia de nuestro empuje, y pasamos sobre sus cadáveres con la sola pérdida de uno de los nuestros. Y luego entramos en la ciudad donde esperamos noticias de varios compuñeros a quienes se había destacado en misión de flaqueo al fin de examinar un fuerte que habíamos visto sobre nuestra calle de entrada. Hecho el reconocimiento y el plan de ataque con precisión militar, los bucaneros se animaron mutuamente para luchar con valor, y se lanzaron a paso de carga al ataque. Al llegar a tiro de cañón del fuerte recibieron la primera descarga y luego otras, pero a todas ellas las fueron saludando agachándose hasta el suelo, lo cual quiere decir que las balas pasaban por encima sin causarles ningún daño. Pero a esta estratagema los españoles respondieron con la de hacer primero como que soltaban la descarga para después dejarla ir de veras, cuando los piratas se enderezaban. Los bucaneros enseguida irrumpieron dentro de las casas, perforando luego sus paredes para acercarse al fuerte poco a poco. Al fin llegaron lo suficientemente cerca para poder utilizar sus armas de fuego y granadas de mano, y teniendo más gente que los defensores —y sobre todo más aguerrida— lograron tomar el fuerte. De parte de los piratas murieron cuatro y ocho salieron heridos, lo que De Lussan comenta así: Fué por cierto una victoria muy barata.”

Bancroft asegura que los piratas al saquear Granada no descuidaron la religión porque al día siguiente de habérsela posesionado, cantaron con toda reverencia un *Te Deum* en la iglesia mayor, o sea, en la iglesia parroquial. Squier, basado en De Lussan, dice que además de cantar el *Te Deum* piadosamente apostaron centinelas y organizaron el Tribunal de Honor (lo que probablemente era una especie de cargo para cuidar lo saqueado) en las casas principales, y luego, añade, salieron a caza del botín. Pero su victoria fue infructuosa; sólo juntaron, al decir de De Lussan, “unas pocas mercaderías y algunas provisiones.” Inmediatamente, al verse fracasados, propusieron al vecindario su rescate, advirtiéndoles que si rehusaban quemarían sus casas. Los vecinos no le dieron importancia a esa ame-

naza, ya porque no podían reunir el dinero exigido, ya porque preferían ver quemados sus hogares antes de entregar por sí mismos sus caudales; el caso es que comenzó a arder la iglesia de San Francisco junto con 18 casas principales. Nada mejor, empero, que Squier para detallar esta operación: “Muy desilusionados —escibe el ministro americano sobre los bucaneros que acababan de cantar el referido *Te Deum*—, enviaron pandillas en busca de tesoros que suponían ocultos en las haciendas aledañas; pero hicieron el viaje de balde, ya que regresaron, como estampa en un latínajo De Lussan, *re infecta*. A continuación tomaron a una mujer que enviaron a donde estaban los españoles con la demanda de un rescate por la ciudad amenazándolos con incendiarla si no accedían. Los granadinos no se amedrentaron y ni siquiera se dignaron contestar, ante lo cual los piratas enfurecidos prendieron fuego a las casas no más que por puro despecho y venganza. Los archivos de Granada que de haberse conservado tendrían hoy un valor incalculable, sufrieron en esta invasión su más fuerte estrago en comparación a los sufridos en los anteriores.”

En su retorno los piratas pasaron por Masaya, donde se llevaron a un grupo de mujeres que violaron en Masachapa. “Estando allí” (en Granada) “los bucaneros —relata Squier—, cansados ya de su ímproba y azarosa vida, hicieron planes para regresar a Europa saliendo por el lago de Nicaragua. Pero, según el mismo narrador, no había llegado aún a su término el período de peligros y miserias que el destino les había deparado, y no podían aprovechar la oportunidad favorable que se les ofrecía ahora de salir de esta parte del mundo que, si bien era muy encantadora y agradable para los que estaban fincados allí, no la veía tal ese puñado de aventureros sin embarcaciones, la mayor parte del tiempo sin víveres, y errabundos entre una multitud de enemigos contra quienes se veían obligados a vivir continuamente en guardia. De modo pues que retrocedieron a la costa disputando el terreno palmo a palmo para reembarcar. Reembarcaron dirigiéndose al Realejo. Lo tomaron y después cayeron sobre Pueblo Viejo (hoy La Paz Centro) y Chinandega, y hasta llegaron a León. Estos mismos hombres, tras otras peripecias en las costas del Pacífico, emprendieron una marcha forzada a través del continente, desde el Golfo de Fonseca hasta Cabo de Gracias a Dios, cruzando el Departamento de Nueva Segovia y parte de Honduras.”

Debe esclarecerse, por otra parte, que este saqueo no fue dirigido por el famoso pirata Pedro Nau, alias El Olonés, como dice Levy y lo repite Bolaños. Porque, anota Ayón, este bucanero murió, según Gregoire en su Diccionario Enciclopédico en 1661 o en 1667, como afirma Fernández Cuesta en el suyo, o sea, muchos años antes de que verificara esta invasión. En realidad El Olonés murió en ese último año después de apoderarse y de saquear Maracaibo acompañado de Miguel *El Vasco* y 650 bucaneros más. Se retiraron, dice Eros Nicola Siri, con un cecido botín que no pudieron disfrutar, ya que una tempestad deshizo su escuadra haciendo que algunos bajeles cayeran en manos de los españoles y con ellos Miguel *El Vasco* que fue ahorcado; en cuanto al Olonés la tormenta lo arrojó sobre las playas de Florida donde cayó prisionero de los caníbales que se dieron con él y sus compañeros un suculento festín.

Así como a los corsarios Price, Harrison y Lundbury, que se les cita en varias historias de la piratería como autores de un viaje de rapiña a Granada antes de unirse a Morgan en 1670, suponemos que acompañaron a Gallardillo en el asalto del 26 de agosto, los datos de un saqueo y robo de mujeres realizados por los piratas Towneley y Grotniet —encontrados en una efemérides de un antiguo periódico granadino— creemos que pertenecen a esta expedición hecha por Escalante y encabezada en 1685 o en el año siguiente. En primer lugar porque tiene como fecha el 10 de abril de 1686, es decir el año en el cual se realizó, según De Lussan, este saqueo; y en segundo lugar porque revela

que se efectuó después de haber sido cantado un **Te Deum** por los misioneros Fray Antonio Margil de Jesús y Fray Melchor López de Jesús, que debe ser el mismo señalado por De Lussan y Bancroft Towneley y Grotniet, por consiguiente, parece que participaron en la invasión del 85 o del 86 y, en caso de que esto no fuera cierto, el asalto que ellos encabezaron luego, según ese efemérides, sería la sexta o la séptima fechoría de los Piratas —si es que el de Harrison, Price y Lundbury no resulta ser el mismo de Gallardillo— sufrida por la "opulenta y maítima ciudad de Granada", durante la segunda mitad del siglo XVII

N O T A S

1) Quizá por la destrucción de los archivos sólo la de David, la de Gallardillo y la que se hizo a través de Escalante dirigida por Dampier han sido relatados en los textos de historia de las escuelas primarias y secundarias, calcados en Gámez y Ayón. Mas eso no quiere decir que los otros carecieron de la importancia de los tres primeros. En 1751 el Obispo Morel de Santa Cruz y en 1759 Jerónimo Vega y Lacayo sólo tenían conocimientos de éstos últimos. Morel y Santa Cruz decía que Granada, a no haberle acaecido la desgracia de ser saqueada tres veces —las dos por el río San Juan y la tercera por Escalante— sería sin duda la ciudad más opulenta del Obispado. En términos similares, quizás tomados del Informe del Obispo, se expresa el Sargento Mayor de Granada, Jerónimo Vega y Lacayo en su Representación hecha al Rey el 19 de enero del año ya indicado

2) Ayón dice que no aparece en la parte del archivo de la Antigua Capitanía de Guatemala la causa seguida contra el Gobernador Castro, ni mención de la pena a que fue condenado por culpable en la invasión de los corsarios a la ciudad de Granada; pero sí la instaurada contra los Alcaldes Ordinarios. Don Pedro Ocón y Trillo fue sentenciado a privación del oficio de Maestro de Campo y 600 pesos de multa, aplicados a los gastos de fortificaciones; y a don Juan Matamoros y Francisco Mena a que durante diez años no pudiesen ser electos para el cargo de Alcaldes Ordinarios y el pago de 500 pesos de multa cada uno que debían invertirse en el mismo objeto. Esa sentencia fue pronunciada el 4 de mayo de 1667 por don Juan de Salinas, juez nombrado para las pesquisas, y reformada por el Capitán General Alvarez

Alfonso el 20 de febrero de 1668, en cuanto a la inhabilitación del oficio de Maestro de Campo, levantada contra Ocón y Trillo, quedando subsistente en todo lo demás

3) Los tres, dos meses más tarde, se incorporaban a Morgan en la expedición que preparaba a Panamá, no sin antes recibir, de parte de Modyford, la reprobación del viaje de rapiña a Nicaragua que, independientemente, habían hecho

4) Archivos Nacionales de San José de Costa Rica Sección Colonial. C. C. No. 5289. G. No. 295. Fue reproducido en la "Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua", Tomo IV, No 2 Managua, Agosto de 1942

5) El proceso de Noguera, importante por sus datos, no logró conservarse.

6) En el artículo anónimo "Los Grandes Piratas que asolaron nuestras tierras y mares" (Revista Conservadora, vol III, No 17, febrero, 1962) Juan David y Pedro Iván, el Olonés son una misma persona: Juan David Iván "L'ollonais". Eso es enteramente falso. Ya lo anotamos: David era jamaicano y el olonés, francés. El primero saqueó Granada, destruyó Saint Augustine y recorrió las costas de Cuba. El segundo zozobró con su nave y compañeros en el Golfo de Campeche y saqueó Maracaibo. De ambos habla Exquemelin en su "Historia y de los bucaneros y filibusteros de América" Eran, por lo tanto, dos piratas diferentes

OBRAS CONSULTADAS

A excepción de las obras conocidas de Morel de Santa Cruz (el informe de su visita), García Pelaez, Ayón, Gámez y Philip Gosse ("Los Piratas del Oeste") la bibliografía consultada es la siguiente:

Arellano Mejía, Fernando. Saqueos de Granada en tiempos de la dominación española Centro-América Núm 13, Año II, Granada, Septiembre de 1924

Bolaños, Pío La Ciudad Trágica Monografía de Granada Revista Conservadora No. 13, Vol 2, Octubre, 1961, pp 6-8.

Du Lamecier Cointo a través de la historia (1514-1933) Tipografía Saballos, Corinto, 1933 Capítulo III: "La llegada de los piratas", pp 128-191

Levy, Paul. Notas Geográficas y Económicas sobre la república de Nicaragua París, 1873, pp 39-41

Haring, Clearence Henry Los bucaneros en las Indias Occidentales en el siglo XVII (edic. venezolana; París, 1939)

Nicola Sini, Eros. Historia de los Filibusteros Argentina, 1961.

Pérez-Valle, Eduardo El Fueitecito de Granada y El Castillo de San Pablo Defensas de la ciudad durante la colonia Suplemento Dominical de La Prensa, 27 de octubre de 1963.

Squier, E. G. Nicaragua Traducción inédita de Luciano Cuadria